

tesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.—En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho:—Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.—¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿qué apróvecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro día, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo á Dios, dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.



## CAPÍTULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.



I muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos.—¿Es posible, le dijo Don Quijote, que todavia, ó Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime agora: ¿preguntaste á ese Tosilos, que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?—No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¿Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quisome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos recuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotar-te y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quie-



ren guardarse antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora.—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: Si os duele la cabeza, untáos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme.—Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle Don Quijote, y dijo á Sancho:—este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos.—Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y mas que no la ha de haber aun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco y Maese Nicolas el Barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse.—Tú has dicho muy bien, dijo Don Quijote, y podrá llamarse el Bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon:





el Barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemororo: al Cura no sé qué nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra, así al de pastora, como al de Princesa, no hay para que cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.—No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno, sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma.—¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines y qué de sonajas y qué de rabeles! ¡Pues qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales.—¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida.—Albogues son, respondió Don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hacen un son, si no muy agradable, ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin, y este nombre albogues es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacen*, *alcancia* y otros semejantes que deben ser pocos mas; y solos tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí*, y *maravedí*: *alhelí* y *alfuquí*, tanto por el *al* primero, como por el *í*, en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á practicar con perfeccion este ejercicio el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el Bachiller Sanson Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien Maese Nicolas, no dudo en ello, porque todos<sup>1</sup> ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia: tú

<sup>1</sup> Los barberos.



te alabarás de firme enamorado: el pastor Carrascon de desdeñado, y el Cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho:—Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡O qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dejarán de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al ható. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada: y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos, como por las ciudades, y por las pastorales chozas, como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazon que no quiebra, y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos.—No mas refranes, Sancho, dijo Don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento: y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos, pero paréceme que es predicar en desierto, y, castigame mi madre y yo trompógelas.—Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: Dijo la sarten á la caldera, quítate allá ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.—Mira, Sancho, respondió Don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras y no los guías: y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breves sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios, y el refran que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho y de Don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo y su amo velando.

## CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote.



RA la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complecion y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera que despertó á Sancho, y le dijo:—Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno, cuando tú estas perezoso y desalentado de puro hartó. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desviate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando, te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado, pasarémos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.—Señor, respondió Sancho, no soy yo Religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música.



Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes.—¡O alma endurecida! ¡O escudero sin piedad! ¡O pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto Gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser Conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*<sup>1</sup>.—No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templá el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran; balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.—Nunca te he oido hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: No con quien naces, sino con quien paces.—¡Ah pesia tal! replicó Sancho. Señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se estendia. Levantóse en pié Don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir y el bufar, que

<sup>1</sup> Este emblema se ha tomado del libro de Job, y lo usó en las portadas de sus obras el impresor Juan de la Cuesta, que es quien publicó las primeras ediciones del *Quijote*, de las novelas del *Pérsiles*, y tal vez de otras obras de Cervantes, poniéndolo al rededor de un escudo, dentro del cual se ve puesto, sobre una mano un halcon, que tiene la cabeza cubierta con el capirote, segun lo llevaban estas aves para la caza de cetrería, y debajo un leon durmiendo.

ensordecieron los oidos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la estendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote, ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando no solo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos: que ya habia conocido que lo eran. Don Quijote le dijo:—Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que á caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas y le hollen puercos.—Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medrarémos.—Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir, que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia, daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un Madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.—A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas, no deben de ser muchos: vuesa merced coplé cuanta quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbases. Don Quijote arrimado á un tronco de una haya, ó de un alcoroquo (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era) al son de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso  
En el mal que me das terrible y fuerte,  
Voy corriendo á la muerte,  
Pensando así acabar mi mal inmenso:



Mas en llegando al paso,  
 Que es puerto en este mar de mi tormento,  
 Tanta alegría siento,  
 Que la vida se esfuerza, y no le paso.  
 Así el vivir me mata,  
 Que la muerte me torna á dar la vida.  
 ¡O condicion no oida,  
 La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destes acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho, despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostaría, y maldijo la piara y aun mas adelante. Finalmente volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazón de Don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse Don Quijote á Sancho, y díjole:—Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon á Don Quijote y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante y le sacó del camino, y los demas de á pié, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas: y á Sancho le acontecia lo mesmo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pié con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decian:—Camina, Trogloditas, callad, bárbaros, pagad, antropófagos, no os que-

jeis, Scitas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceiros, y otros nombres semejantes á estos con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí:—¡Nosotros tortolitas, nosotros barberos, estropajos, nosotros perritas, á quien dicen, cita, cita? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia, qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio, no esperar ningun bien y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del Duque, donde habia poco que habian estado.—¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, y ¿qué será esto? Sí que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

